



VOL. 2 / 2014

Materialidades.

Perspectivas en cultura material

La arqueología en sí misma: objetos, memorias y simetrías (Una revisión (a)simétrica de dos propuestas de Olsen).

LA ARQUEOLOGÍA EN SÍ MISMA: OBJETOS, MEMORIAS Y SIMETRÍAS (UNA REVISIÓN (A)SIMÉTRICA DE DOS PROPUESTAS DE OLSEN).

Gonçalo de Carvalho Amaro
Centro de Patrimonio Cultural.
Pontificia Universidad Católica de Chile

Presentado 25 junio 2013

Aceptado 29 abril 2014

RESUMEN: La arqueología siempre ha tenido una estrecha relación con la cultura material. A lo largo de su historia se han desarrollado teorías y corrientes buscando las mejores estrategias para obtener una mayor información de los artefactos encontrados. Dominados en casi medio siglo por dos corrientes antagónicas como el procesualismo y el posprocesualismo, se ha recibido con entusiasmo la (pre)concepción de una nueva vía. Bjørnar Olsen ha sido el abanderado de esa renovación teórica. Este texto pretende hacer una reflexión crítica sobre ese proceso, discutiendo dos propuestas del autor noruego: la arqueología disciplina por excelencia del estudio de los objetos y la arqueología como una disciplina mnemónica.

PALABRAS CLAVE: Cultura Material; Teoría Arqueológica; Memoria; Antropomorfismo.

ABSTRACT: Archaeology has always had a close relationship with material culture. Throughout its history many theories and approaches have been developed in order to perfect the most suitable strategies to extract a more and better information from the artefacts found during archaeological works. Dominated in almost half a century by the divergent movements such as processualism and postprocessualism, we have received enthusiastically the (pre)conception of a new way. Bjørnar Olsen has been the champion of this theoretical renewal. This text aims to do a critical analysis on this process, discussing two proposals of the Norwegian author: archaeology as a discipline “par excellence” of the material culture and archaeology as a mnemonic discipline.

KEY WORDS: Material Culture; Archaeological Theory; Memory; Anthropomorphism.

«So too, with the form circumscribing the object, a portion of nature is included therein, just as in the case of the human body: the object on this view is essentially anthropomorphic. Man is thus bound to the object around him, by the same visceral intimacy, mutatis mutandis, that binds him to the organs of his own body (...).»

(Baudrillard 2005: 27)

1. UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PROPIA ARQUEOLOGÍA

En la última década, los estudios sobre cultura material han alcanzado una gran relevancia en el contexto de las ciencias sociales llegando, probablemente, al mayor apogeo de los últimos cien años, casi comparable a los estudios de finales del siglo XIX – donde Karl Marx, Emile Durkheim, Gabriel Tarde y, porque no, Oscar Montelius, dieron un gran impulso. Los textos de Bruno Latour (1993, 1999, 2002) y Daniel Miller (1987, 2005, 2009), demuestran bien el crecimiento e importancia de los estudios sobre los objetos y la materialidad, no sólo en el ámbito de las ciencias sociales, sino también en la arquitectura, moda, arte, tecnología, entre otros (Latour y Weibel 2005). Como nos indica Olsen, las cosas, la parte material de la vida, están ahora nuevamente de moda. Los estudios de los signos y de lo simbólico – tan importantes para las ciencias sociales de finales del siglo XX – han perdido su fulgor inicial, lo que importa ahora es la materia (Olsen 2012: 71).

El regreso a la materialidad de los objetos por parte de las ciencias sociales es algo que aparentemente es positivo para la arqueología, pues ésta vive esencialmente de eso: del estudio de los materiales. La cultura material, en todos sus componentes, debe ser no sólo analizada, sino que también discu-

tida por los arqueólogos, no obstante, en realidad, desde el siglo XIX hemos aportado muy poco al debate sobre cultura material. Una de las características de las dos últimas corrientes arqueológicas con gran arraigo (procesualismo y posprocesualismo) ha sido la de criticar profundamente la “protohistoria de nuestra disciplina”, el pasado como anticuarios, coleccionistas, creadores de fósiles directores y tipologistas (Binford 1962; Hodder [1986] 1991; Shanks y Tilley 1987). No obstante, en su tiempo Worsaae, Hildebrand, Montelius y Hallstrom, presentaron estrategias para estudiar y clasificar los artefactos, propuestas todas ellas con un trasfondo arqueológico, adoptadas posteriormente por las ciencias históricas. En la actualidad, observamos que la Arqueología presenta un cierto temor a volver a esos campos. Es cierto que se ha acercado a otras disciplinas y eso ha sido positivo. Ha dado a la arqueología una fundamentación teórica y social que estaba ausente en sus metodologías hasta prácticamente los años 40 del siglo pasado. Con todo, ese acercamiento, primero a la historia, después a la antropología y ahora a la teoría social han creado en la arqueología una especie de dependencia

– a nivel de sus planteamientos teóricos
– de estas disciplinas.

Bjørnar Olsen, quizás por su proximi-

dad geográfica y lingüística (es noruego) es un buen conocedor de las labores pioneras de los estudiosos daneses y suecos en el siglo XIX, en el campo de la arqueología y, en cierta forma, ha defendido una especie de retorno a la “antigua” esencia de la disciplina... a los objetos y a su materialidad:

«I am tired of the familiar story of how the subject, the social, the episteme, created the object; tired of the story that everything is language, action, mind and human bodies. I want us to pay more attention to the other half of this story: how objects construct the subject. This story is not narrated in the labile languages, but comes to us as silent, tangible, visible and brute material remains (...)» (Olsen 2003: 100).

Es cierto que en el contexto actual, esta perspectiva ya no parece ser tan extraña –basta ver como Michael Shanks, Timothy Webmoor y Christopher Witmore se asocian a Olsen para defender este “retorno” de la arqueología a los objetos (Olsen *et al* 2012)–, aunque en su tiempo fue un poco en contra de la corriente teórica seguida por la mayoría de los posprocesualistas (ver Buchli 2002), si bien, de alguna manera, ya no era una novedad en otras ciencias sociales. Este “giro” hacia las cosas ya fue, en gran medida, puesto en evidencia en las propuestas de Latour (1993) y Gell (1996). Sin embargo, hay aspectos de la investigación teórica de Olsen en la última década que, desde mi punto de vista, son muy importantes para el repensar de la labor arqueológica. En primer lugar, la redefinición de la arqueología como una disciplina de las cosas (Olsen 2010 y Olsen *et al* 2012). Algo que nos lleva a

reflexionar sobre la verdadera acepción del término arqueología como ciencia de lo antiguo o como una ciencia de los objetos. Una especie de “objetología” centrada en las cosas, independientemente del tiempo cronológico, como ya lo defendió en su tiempo William Rathje (1974). Olsen introduce aún el concepto de “remembering things” recuerdo de la cosas como estrategia y alternativa a la arqueología de matriz estructuralista y posestructuralista centrada en el texto (Olsen 2003). Otro de los aspectos interesantes del trabajo de Olsen se puede relacionar con su afirmación de que siempre hemos sido *cyborgs* y que esto no es una novedad latouriana y como tal estaríamos en la primera línea en el estudio de la cultura material (Olsen 2010 y 2012).

Este texto se centrará, principalmente, en estos dos conceptos expuestos por Olsen, que analizaremos y encuadraremos dentro de la propuesta de arqueología simétrica que defiende en conjunto con Shanks, Witmore y Webmoor (Olsen *et al* 2012), planteando en qué medida ellos pueden contribuir en aras de una nueva concepción la arqueología en lo particular y en el estudio de la relación entre seres humanos y objetos, en un sentido más amplio.

2. ¿ARQUEOLOGÍA U OBJETOLOGÍA? UNA CIENCIA, DOS FORMAS DE MIRAR LA CULTURA MATERIAL

Conceptos

Los antropólogos y los sociólogos son capaces de definir muy bien los patrones de cultura de pueblos y sociedades que viven en la actualidad o que fueron extintas hace poco. Sin embargo, cuando queremos una definición aplicable a

los materiales que nuestros antepasados, sin registro escrito o visual, nos dejaron, entramos en un ámbito más complejo: en primer lugar, porque éstos no están presentes; en segundo lugar, porque no siempre hay una línea generacional que exprese la cultura de sus antepasados. Éstos representan apenas una parte de la cultura –la cultura material. Para Clifford Geertz, conocido antropólogo estadounidense que dedicó parte de su obra a la definición de cultura, ésta representaría un apéndice del ser humano, sin el cual dejaríamos de funcionar como *sapiens sapiens*. La cultura surge como un ingrediente esencial para el desarrollo de nuestra especie, tornándose en un “mecanismo de control” del ser humano:

«The perspective of the culture as “control mechanism” begins with the with the assumption that human thought is basically both social and public - that its natural habitat is the house yard, the marketplace, and the town square» (Geertz 1973: 45).

Como se sabe, el término “cultura” asociado a los artefactos y consecuentemente a la arqueología –“popularizado” por Gordon Childe (1929: v-vi)– ha sido uno de los principales puntos de debate de esta ciencia, sobre todo después de la teorización que ésta ha tenido con el procesualismo y las siguientes y variadas corrientes posprocesuales. Estas dos propuestas, en gran medida antagónicas, trataron de obtener respuestas del inexorable silencio de los objetos arqueológicos. La primera buscando una lectura lógica de los artefactos, interpretándolos como el resultado de estrategias adaptativas, un medio por el cual los seres humanos viabilizan su supervivencia frente al medio natural. En este sentido, su

interés se centró en la comprensión de aspectos económicos, como las interrelaciones entre sistemas tecnológicos, escasez y disponibilidad de materias primas, características físicas del artefacto, la funcionalidad y eficiencia del ser humano en relación al medio (Gamble 2001: 26-28 y Trigger 2006: 425-427), atribuyendo al comportamiento humano un alto grado de regularidad. Por otro lado, la arqueología posprocesual, nos plantea, precisamente, lo opuesto, defendiendo que nuestro comportamiento no es tan predecible y sobre todo cómo éste se expresa a través de los objetos, como lo defiende Hodder en su famoso libro de ruptura *Symbols in action* (1982). La arqueología regresaba a la “relatividad”, a las ciencias sociales, y con ello, de algún modo, quedaba dependiente de ellas desde el punto de vista teórico.

Una de las grandes contribuciones de la corriente posprocesual ha sido, sin duda, ese acercamiento a los debates teóricos existentes en la filosofía, sociología y antropología. En ese sentido, incorporó gran parte del debate estructuralista y posestructuralista (ver Shanks y Tilley, 1987a y Tilley 1990). La filosofía, particularmente la posmoderna, asumió en los últimos tiempos un rol preponderante en las nuevas concepciones sobre el estudio de los objetos: Foucault, Derrida, Barthes y Bourdieu son ahora citados en la mayoría de los trabajos, contribuyendo para la diversidad y enriquecimiento de los estudios sobre las relaciones humano/objeto/entorno; fundamentales para la Arqueología contemporánea.

La “novedad” que incorporaron los planteamientos estructuralistas y posestructuralistas para la arqueología fue la interpretación de los objetos como texto. Este es un aspecto muy impor-

tante, pues de alguna forma los artefactos pasaron a tener un papel cercano al de la fuente histórica (con los debidos cuidados que esta frase puede implicar), los fragmentos se transforman en caracteres. El objeto así visto se interpretó como una especie de espejo de las acciones y actitudes humanas, como queda bien presente en uno de los principales libros fundadores del posprocesualismo –*Reading the Past. Current Approches to Interpreting in Archaeology*– donde vemos cómo la filosofía postmoderna de raíz estructuralista y postestructuralista es añadida al discurso arqueológico:

«In order for a broader, post-processual archaeology to be achieved, studies of the three types of meaning of material objects (as objects, as signs and operational contexts) need to be incorporated.» (Hodder & Hutson 1986: 242-243).

En un espacio relativamente corto, a comienzos de los años 90, Christopher Tilley publica dos libros que marcan profundamente una tendencia textual en la arqueología posprocesual, *Reading Material Culture*¹ (1990), un análisis del pensamiento de los principales estructuralistas y posestructuralistas y cómo éste puede ser utilizado para el estudio de la cultura material, y en el año siguiente *Material Culture and Text. The Art of Ambiguity*, que pone en práctica esa lectura de lo material, usando como ejemplo el arte rupestre prehistórico escandinavo, haciendo una aplicación de la lectura textual, experimentada sobre todo en “culturas vivas” a una cultura “muerta”, donde desconocemos el valor de sus significados y las características

de su relación con el material. De hecho nos propone una interesante relación entre la atribución del significado con el gesto técnico, no sólo como un proceso mental, pero de mediación entre mente y materia:

«Material culture is ‘written’ through a practice of spacing and differentiation in just the same manner as phonetic writing. Both result in the material fixation of meaning which, by contrast to speech, is indirectly empty space of the clay or write a letter by inscribing marks on a blank sheet of paper and at some time in the future you read and interpret the visual medium, able by virtue of the material fixation to read what I have produced» (Tilley 1991: 17).

Otro de los aspectos importantes de la filosofía postmoderna en la arqueología de los 90 fue la apertura “temporal” de la disciplina; ya no es más una disciplina solamente dedicada al pasado, y si bien es cierto, se puede encontrar un precedente en el *Tucson Garbage Project* (Rathje 1974), la clave de esta nueva visión de la arqueología la encontramos en la creación del *Journal of Material Culture*, curiosamente fundado por dos arqueólogos de formación, el ya referido Christopher Tilley y su colega en la UCL, Daniel Miller. En el primer editorial queda patente su visión sobre qué factores importan en el estudio actual de la cultura material, pero que, de algún modo, también transmiten un cierto mensaje indirecto a la arqueología. El estudio de la cultura material es así definido como la comprensión de la relación entre personas y cosas sin una específica relación

¹ Conjunto de textos de varios especialistas en cultura material (en los cuales se incluía el propio Olsen) editado por Tilley.

espacio/temporal. Se pueden adoptar tanto planteamientos globales como locales y, un punto muy importante, esas perspectivas se puede relacionar con el pasado, el presente o la mediación entre los dos (Miller y Tilley 1996: 5)

Esta tradición de acercamiento de la arqueología al debate contemporáneo sobre cultura material es cada vez más evidente, como se puede ver tras las perspectivas que ahora parecen despuntar dentro de la arqueología simétrica² (Olsen 2007; Witmore 2007; Webbmoor 2007 y González-Ruibal 2007). Esta propuesta, mantiene en su formulación inicial – el texto de Olsen de 2003, *Material Culture after Text: Re-Membering Things* –, la tendencia posprocesual de trasplante de las teorías sociales para la arqueología, en este caso de los conceptos de antropología simétrica propuestos por Latour (1993). Esta perspectiva simétrica en cultura material, puede ser resumida como una propuesta de estudio de la relación entre seres humanos y objetos proporcionada, es decir, que ambos se presenten en un plan de igualdad, tal y como sugiere Latour:

«Consider things, and you will have humans. Consider humans, and you are by that very act interested in things. Bring your attention to bear on hard things, and see them become gentle, soft or human. Turn your attention to humans and see them become electric circuits, automatic gears or softwares. We cannot even define precisely their modifications and replacements, their rearrangements and their alliances, their delegations and representations» (Latour 2000: 20)

Objetología

No obstante, en los últimos tiempos – pese a que no se vea tan claro en Witmore (2007) y Webbmoor (2007 y 2009), que parecen estar más preocupados en “conciliar” el procesualismo con el posprocesualismo – la perspectiva simétrica ha sido motivo para plantear una “emancipación” de la arqueología en relación a la teoría social, pretendiendo dejar de ser solamente “oyente”, y participar de esta manera, en un plan de igualdad en relación a las otras ciencias (Olsen 2012: 73).

Las propuestas simétricas hacen repensar el papel de la arqueología en el ámbito de los estudios de cultura material, pues si ahora se pone el acento en el rol de los objetos, entonces la arqueología estaría en la primera posición para su estudio (Webbmoor y Witmore 2007: 65), ya que, de algún modo, siempre ha estado centrada en los objetos y partiendo de ellos ha construido sus narrativas.

Dentro de esta tendencia emancipadora, se pueden justificar dos libros muy recientes – *Archaeology The Discipline of Things* (Olsen et al 2012) y *Entangled* (Hodder 2012) – que parecen querer indicar que la arqueología presenta “armas” para mantener su puesto de importancia en lo que concierne a los estudios actuales sobre cultura material. Se destacan fundamentalmente dos aspectos que, desde mi punto de vista, demuestran la relevancia de la arqueología en los estudios contemporáneos sobre cultura material: el tema de la perdurabilidad de los objetos y la experiencia que la arqueología presenta en la observación de los mismos. Respeto al primer tema, todos estaríamos de acuer-

² Una especie de arqueología a cuatro: Shanks, Witmore, Webbmoor y Olsen, que se pretende afirmar como la próxima corriente teórica (ver <http://humanitieslab.stanford.edu/23/9>).

do en considerar que los materiales, sin la acción humana, serían algo estático e inamovible; su movilidad, mutación e independencia del ser humano ocurren junto a su perdurabilidad en el tiempo (Hodder 2012: 4). En relación al segundo aspecto, hay que tener en cuenta la tradición que la arqueología presenta como “disciplina de las cosas”, capaz de fotografiarlas, dibujarlas, medirlas y, en los últimos tiempos, estudiarlas con los métodos y técnicas de las ciencias exactas (utilizando la química y la física, por ejemplo) y de las ciencias sociales y humanidades. Es principalmente sobre esta noción que se dedica el libro de Olsen y colaboradores (2012), es decir, la arqueología siempre estará presente en la investigación sobre cultura material porque es, en su esencia, la disciplina de las cosas... una objetología.

¿Pero no es la arqueología una ciencia que estudia las cosas u objetos del pasado? Probablemente la primera referencia a la arqueología como ciencia que no actúa solo en un tiempo (pasado), pero sí en dos (pasado y presente), la encontramos en Freud y principalmente en su “metáfora arqueológica”. El autor austriaco, cuando reflexiona sobre la psique humana en uno de sus principales textos: *Zur Aetiologie der Hysterie* (La Etiología de la Histeria), de 1896 (Hake 1993), compara la labor de un psicoanalista a la de un arqueólogo, planteando una cierta “promiscuidad” entre pasado y presente (Hake 1993 y Bowdler 1996). El psiquiatra, como el arqueólogo, excava el pasado con el fin de traer un sentido al presente, el psiquiatra también intenta desarrollar un método de análisis y una teoría de interpretación de modo de transformar ese pasado distante en presente y ese presente en narrativa. Esta relación de

simbiosis entre presente y pasado está muy presente en la arqueología actual (Thomas 1996). Como defiende Gavin Lucas (2004: 117), la arqueología es una actividad materializadora, no sólo porque trabaja con cosas materiales, sino también porque materializa; trae nuevas cosas para el mundo, reconfigurándolo. Esa reconfiguración se hace a través de un proceso de diálogo con el presente inconstituido, puesto que esas nuevas cosas que los arqueólogos traen al mundo no son propiamente nuevas, ya existían en un pasado, una vez fueron olvidadas, ahora son reconocidas. Los objetos que la arqueología encuentra pasan a existir en el momento en que se desentierran.

Esta idea de que la arqueología trabaja con la psique, con sueños, imaginación y metáforas puede parecer extraña y hasta ofensiva para la mayor parte de los arqueólogos, sin embargo, desde una perspectiva humanista, social y filosófica, ésta acaba por integrarlos. Por ejemplo, para Foucault, la arqueología o, para ser más correcto, una interpretación arqueológica del pensamiento, presenta una forma totalmente distinta de la historia de las ideas. Esta última busca la verdad a través de documentos escritos, intenta construir una narrativa continua del desarrollo de los modos de pensar. Por otro lado, la arqueología se interesa por lo particular y por la ruptura temporal. No busca descubrir lo que las personas, de éste o de aquel tiempo, estarían pensando o escribiendo en el pasado, pero sí los mecanismos que las permiten hablar y ser tomadas en serio (Foucault 1972: 139). Teniendo en cuenta esta perspectiva, la arqueología presenta, en la actualidad, probablemente un ámbito historiográfico más amplio que la propia Historia (Olsen *et al* 2012: 3-4).

Para Julian Thomas, que en su libro *Archaeology and Modernity* (2004) se dedica a comprender la influencia del pensamiento moderno en la Arqueología, la propuesta de Foucault en su “arqueología del saber” relaciona de algún modo la disciplina con la búsqueda de las “verdades escondidas”, sin que eso implique directamente que el lugar de la pesquisa sea el pasado, pero sí un reflexión hacia el interior del pensamiento y sus mecanismos (Thomas 2004: 105). Esto nos llevaría a meditar un poco sobre uno de los pilares de la modernidad: la dicotomía cartesiana entre interior/exterior o profundidad/superficie, y en su influencia en la separación del tiempo histórico:

“It could be argued that this disciplinary orientation towards depth, concealment, mystery and revelation is quite obstructive, for it enhances the belief that the past is entirely separate from the present: it is ‘somewhere else’ that has to be accessed in a particular way. This essentialist view of the past could be compared with the post-Cartesian view of the mind, hidden away in the interior of the person. In the same way, it is unhelpful to imagine that the past is a substance that is secreted in dark places awaiting its recovery. The remains of the past are all around us, and we inhabit the past in important ways” (Thomas 2004: 109)

Freud también nos presenta una perspectiva similar: para el famoso psicoanalista austriaco, los acontecimientos y vivencias se van estableciendo por capas en la mente. A su modo de ver, el método arqueológico representa una buena analogía para comprender forma de revelar esos “estratos escondidos” del pasado que atormentan el presente (Thomas 2004: 119). Con todo,

podemos encontrar algunas diferencias entre la metáfora de Freud y las posibilidades de alcance de la arqueología. Ésta, más que una simple recuperadora del pasado, acaba por actuar como una “negociadora” entre tiempos, que, más que rescatar y comprender el pasado, introduce “antigüedades” en el presente, transformando ese presente; siendo que la perturbación que puede ser causada por los objetos arqueológicos no es el horror o el temor por el pasado, pero sí el reconocimiento de la condición temporal del presente (Lucas 2004).

El mundo en sí, como un objeto grande va mutando, en sus formas – objetos del día a día, casas, medios de transporte, paisajes, etc. – y en la forma como las vemos (Gosden 2005: 209). Esa transformación es observada en el presente tras la perdurabilidad, en formas que perduraron, intactas, transformadas o readaptadas al presente. Consecuentemente, no podemos entender a la arqueología como una ciencia del pasado (tal como su denominación *arkhaios* lo pueda indicar), o por lo menos no lo es tal como lo entendemos desde un punto de vista histórico. El pasado de la arqueología perdura, no dejó de existir como el histórico... pero está materializado en el presente a través de los artefactos, los mismos que son estudiados por los arqueólogos en un contacto “directo” con el pasado en el presente (Olsen 2012a: 26). Por ese motivo Olsen defiende que la arqueología debe de seguir una perspectiva centrada en la memoria de los objetos como alternativa a la relación histórica con el pasado y que atribuye una predominancia al estudio de los humanos solos pero no de los objetos que siempre los han acompañado a lo largo de su camino temporal (Id, 2003: 100).

Memoria

Según Tzvetan Todorov, una de las principales distinciones de la especie humana en relación a las otras es la consciencia de encontrarse inscrita en el tiempo: “sabe que es mortal, que su vida tendrá algún día un final, sabe también que hubo un principio y un transcurso que vincula ese momento inicial con el presente” (Todorov 2013: 17). Esa consciencia del tiempo recorrido, es lo que se puede llamar, según Todorov, memoria.

La relación que la memoria ofrece con el tiempo transcurrido ha interesado a las ciencias relacionadas con el pasado, sobre todo a partir de su uso político como forma de no olvidar los cataclismo de la II Guerra Mundial, se ha transformado en una obligación moral, una lucha de preservación contra la omisión, principalmente de acontecimientos dañinos y dolorosos – el Holocausto, los crímenes de las dictaduras de Argentina y Chile, el *apartheid*, los genocidios de Ruanda y Camboya – en una sociedad actual inmersa por los media, con una tremenda variedad de opciones información, pero, a la vez, más propensa a la amnesia (Huyssen 2003). Para Maurice Halbwachs, la memoria es esencialmente una construcción social y por lo tanto de matriz colectiva. Según su perspectiva esta memoria colectiva presenta diferencias circunstanciales con la memoria historia (es decir la historia en cuanto disciplina). Mientras que la historia se interesa por las rupturas, los períodos y a sus cambios, una memoria colectiva se construye a través de la duración (*durée*) y no está dependiente de fechas y acontecimientos (Halbwachs [1950] 2001). En tanto que una memoria colectiva pertenece a un grupo particular y a un momento dado, la historia interpreta, se fragmenta

en períodos y se ubica en un contexto social transmitido: una memoria escrita, almacenada y seleccionada por las autoridades competentes (Colin 2013: 27). No obstante, debemos tener en cuenta el tiempo y contexto en que escribió Halbwachs. La historia también ha sido capaz de hacerse una autocritica a su método. Fernand Braudel ([1949] 1987), con su concepto de *longue durée* intentó romper con el estructuralismo de los períodos históricos y de algún modo ha abierto las puertas de la historia hacia la memoria. Jacques Le Goff, la apropia considerándola la materia primera de la historia (Le Goff 1988). Ese acercamiento de la historia a la memoria también la aproxima a la arqueología, en la medida en que se centra en la relación sensorial con objetos. Ricoeur, por ejemplo, nos dice que la impronta es la memoria pero las huellas son de la historia (Ricoeur 2004) y Nora que la memoria se inserta en un tiempo histórico, un evento que tiene un origen y que se va madurando, transformando y adulterando (Nora 1989: 8), en una analogía muy interesante con el paso del tiempo sobre un objeto material.

En los últimos años la arqueología también ha hecho su acercamiento a la memoria (Alcock & Van Dyke 2003; Boric 2010 y Olivier [2008] 2011, por ejemplo), sin embargo, a excepción del último esa conexión no ha pretendido plantear una nueva practica en el quehacer arqueológico. Es sobre todo Olsen quien hace realmente una (re)apropiación de la memoria como una estrategia para fundamentar la precepción arqueológica del pasado y de la cultura material (Olsen 2003). En ese discurso Olsen defiende que los artefactos y ruinas que los arqueólogos encuentran no pueden ser leídos sino que recordados. Laurent Olivier vendría después a seguir una

perspectiva similar, ubicando también el tiempo presente como el espacio de trabajo del arqueólogo que se relacionaría con el pasado tras la memoria:

“(...) archaeology deals with the material memory of the past and [thus] it is the work of the archaeologist to study the way in which memory is constituted over time, in which case the present, understood as ‘newness’, would become the locus for interpreting the past” (Olivier 2011: 99).

Sus perspectivas no sólo ponen en causa a la arqueología posprocesual de tendencia estructuralista, sino también a la historia. Olivier, por ejemplo, es extremadamente crítico con esta disciplina, que para él representa el opuesto de la arqueología: la primera interpreta y la segunda rescata (Olivier 2011: 58), en una especie de discurso que se aproxima al de Foucault sobre las diferencias entre arqueología y historia y al de Halbwachs sobre historia y memoria, ambos ya referidos anteriormente. Para Olsen el recurso a la memoria se relaciona con el hecho de que la historia solo se preocupa por referencias humanas, afirma incluso, que una vez que ese sujeto desaparece, el pasado desaparece con él y es necesario que nosotros, como arqueólogos, nos centremos realmente en lo que realmente es lo nuestro: los vestigios materiales (Olsen 2010: 122). Si por un lado, concordamos con los dos autores, en lo que dice respecto a las diferencias metodológicas entre a la arqueología y a la historia – por diversas razones: la diferencia entre las materias primas de estudio (objetos *versus* documentos), el uso de las ciencias naturales en el trabajo de campo arqueológico, la escala social (la arqueología, con algunas ex-

cepciones estudia los desechos y da voz, en muchos periodos, a los que no aparecen en la oficialidad de la escritura) y la relación mnemónica con el pasado (“el contacto directo” que ya referimos en el punto anterior) – no entendemos sus intenciones de colocar la memoria en un plano opuesto al de la historia, dando a entender que la primera representa una propuesta que se aparta del “antropocentrismo” de la historia. Desde mi punto de vista se trata de una contradicción, pues la memoria no es un acto que represente una menor intervención humana en comparación con la historia: ambas representan un construcción reflexiva de un pasado hecha por personas en un momento presente. Bergson nos indica que la memoria nos llega a través de imágenes que se generan en el cerebro a partir de nuestro cuerpo, esas imágenes- recuerdos no nos permiten experimentar de nuevo el pasado pero si nos dan una representación de ese sentimiento, hacemos una selección los recuerdos en función de su utilidad en la situación presente (Bergson [1896]2003: 50). Con todo, esa experiencia de recuerdo no se resume solamente a un acto mental, también se relaciona con los gestos y la percepción física del entorno. Por ejemplo, los recuerdos y sensaciones que apreciamos al visitar la casa donde vivimos anteriormente, el toque de un objeto que nos trasporta a las memorias de acontecimientos pasados o al recuerdo de experiencias compartidas con un ser querido que ya no esta presente.”

3. LA PERSONA EN EL OBJETO O EL OBJETO EN LA PERSONA

Pese a la fascinación inicial por Latour, con el tiempo Olsen empieza a cuestionar que él francés y sus seguidores ignoren el papel de arqueología en los

estudios de cultura material (Olsen 2012: 72). De hecho, llega a referirse que si Latour y otros científicos de esta nueva ola material prestaran mayor atención a la arqueología, se darían cuenta que el concepto de *cyborg*, que tanto utiliza para justificar las hibridaciones actuales, siempre ha estado presente en el ser humano: somos *cyborgs* desde hace 1,5 millones de años (Olsen 2012: 76), un vez que, a lo largo de nuestra existencia, evolución y necesidades culturales, siempre utilizamos a los objetos para suplir nuestras limitaciones físicas y sociales, evidentes en la relación de un neanderthal con su biface, hasta la que actualmente experimentamos, por ejemplo con un Iphone. Este es uno de los aspectos que más nos interesa explorar, fundamentalmente porque Olsen nunca lo ha llegado a profundizar: ¿Es la persona que está en el objeto? o ¿El objeto que está en la persona?

Insistiendo nuevamente en Freud, uno de los aspectos que más llamaba la atención en su oficina era la cantidad de estatuas y objetos pertenecientes a las culturas clásicas grecorromanas y preclásicas (fundamentalmente egipcias) que impresionaban bastante a sus pacientes. Efectivamente, algunos llegaron a comentar que se sintieron un poco intimidados o avergonzados por el ambiente (Burke 2007: 4-6). Las “antigüedades” de Freud miraban fijamente a sus pacientes, parecían tener vida, representaban el pasado escondido que Freud pretendía rescatar. (Thomas 2004: 161). De hecho, el psiquiatra introduce un término muy interesante cuando se refiere a la labor de los arqueólogos: a través de ellos, las piedras hablan, *Saxa Loquuntur* (Hake 1993). El objeto deja de ser pasivo, pasa a ser también una identidad viviente. No obstante, para la mayoría de los arqueólogos

esta afirmación podría ser muy mal interpretada. Hacer ventriloquía con los objetos presupone, la mayor parte de las veces, que estamos imaginando cosas tras esos mismos artefactos y la arqueología es todavía vista, por la mayoría de los arqueólogos, como una disciplina práctica o científica, no recrea historias, ni pone objetos a hablar.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta tendencia a fantasear acerca de las cosas, darles vida, no es algo de ahora, no es una característica posestructuralista o posmoderna, de hecho, siempre ha estado presente. El ser humano busca personificar sobre la materialidad: los objetos, los animales, la naturaleza, pues, como nos dice Guthrie (1993: 3), antropomorfizamos nuestro entorno, porque suponer que el mundo es un ambiente humanizado es una apuesta necesaria. Lo es porque el mundo es un lugar incierto, ambiguo y que necesita interpretación. Es una buena apuesta porque las interpretaciones más valiosas, en general, son aquellas que revelan la presencia de todo aquello que es importante para nosotros, que usualmente suelen ser otros seres humanos. Del punto de vista de la Psicología también podemos encontrar una reflexión sobre esta tendencia a humanizar los objetos. Para Fairbairn, la satisfacción que los seres humanos experimentan viene de algún modo de la relación con seres reales (Gómez 1997: 6), algo que Winnicott también explora, sobre todo tras su planteamiento de los objetos transaccionales en los niños, por ejemplo la mantita que muchos andan trayendo o el *doudou*. Para esos infantes, ese objeto en particular gana vida propia, es un ser real, un ser con características humanas, con olor. Por esos cuando los padres los lavan terminan con esa relación afectiva,

destruyen el significado y el valor que tiene el objeto para el niño (Winnicott 1958).

No es, por tanto, inaudito que tratemos de buscar características humanas en objetos. En 1976, una de las fotos que causó mayor sensación fue la foto de la llamada cara de Marte, localizada en la planicie de *Cydonia*, obtenida por la sonda *Viking 1*. Vemos también cómo relacionamos elementos humanos con los objetos en nuestro día a día, desde los dibujos animados con forma humana, las fábulas, el diseño de autos y casas, incluso los propios términos que utilizamos para definir conceptos materiales, como el corazón de la ciudad (el centro) el pulmón (la principal área verde) y las arterias (las principales vías de circulación).

No obstante, el fenómeno de personificación es evidente desde los comienzos de nuestra especie, como puede ser demostrado, por ejemplo, por las conocidas máscaras de Altamira, localizadas en la cueva prehistórica con el mismo nombre, ubicada en la Comunidad Cantábrica, al norte de la Península Ibérica. Este espacio, conocido principalmente por sus famosos bisontes (con aproximadamente 15 mil años), presenta también, en un lugar de difícil acceso, las referidas máscaras, que son, en la realidad, representaciones de caras humanas usando la forma de algunas rocas del interior de la cueva, que han sido posteriormente retocadas y, en algunas, incluso les han sido pintados ojos (Leroi-Gourhan 1973). Esta humanización de los objetos es, por ejemplo, muy evidente en uno de los materiales más simbólicos – el barro. Son varias las religiones y culturas que atribuyen al barro un poder creador, probablemente debido al

hecho de que para su elaboración final son necesarios cuatro elementos, también ellos relacionados con lo divino, lo mágico y el poder creador: agua, aire, fuego y tierra, los cuatro principales elementos, según los griegos (Rice 2005: 3-4). Probablemente por ese motivo, encontramos tanta relación entre los recipientes cerámicos y la figura humana, como podemos observar, por ejemplo, en las cerámicas Neolíticas de Asia Menor, las de la América precolombina y en algunas partes de la África actual (Gheorghiu Cyphers 2010).

Pero no siempre la humanización de los objetos tiene que estar relacionada con figuraciones antropomórficas. Tomemos, por ejemplo, el trabajo de Tilley sobre la canoa de los Vana en Vanuatu (Tilley 1999 y 2002). A primera vista la canoa no nos recuerda un ser humano, no obstante, cada elemento que la compone representa, para esa cultura, una parte del cuerpo humano, incluso aspectos tan específicos como el órgano sexual, la palma de la mano o de los pies (Tilley 2002: 39).

Volviendo nuevamente a la cerámica y aplicando ahora esta perspectiva metafórica de la humanización, podemos encontrar diversos ejemplos de cómo existe una extraordinaria relación entre el objeto y ser humano. Tomemos las cerámicas de los Mafa de Camerun (David, Sterner y Gavua 1988: 370-371), de los Gumuz, Etiopia (González-Ruibal 2005: 61) y de los Konkomba de Ghana (comunicación personal de Manuel Calvo y Jaume García-Rosselló), donde podemos observar cómo elementos decorativos presentes en la decoración de los recipientes cerámicos son los mismos que están presentes en el cuerpo (por me-

dio de escarificaciones) de los que los fabrican. Y esa relación no siempre es materializada, también puede ser inmaterial como sucede por ejemplo entre las alfareras mapuches de Lumaco (sur de Chile), donde se utiliza un enjuague de hojas de maqui para el amasado de la arcilla a usar en la manufactura de sus cerámicas. Siendo estas hojas no tienen un rol funcional, no altera la calidad del barro, si representa una humanización del proceso de fabricación de cerámicas. Las infusiones con hoja de maqui son usadas por los mapuches para curar dolores de cabeza, resfríos y fiebres, su uso se relacionaría así con un deseo de que la cerámica no se “enferme”, no se quiebre (De Carvalho-Amaro y García-Rosselló 2012: 70).

Para Olsen los seres humanos desprecian a los objetos, como menciona en uno de sus textos, su país Noruega se afirma como una nación polar, y sus héroes son glorificados por sus hechos humanos sin tomar en cuenta que estos serían imposibles sin los varios objetos que participaron y permitieron esas expediciones a los polos (Olsen 2003:), en nuestro entender no se trata de un desprecio por los objetos pero sin un aprecio, el ser humano se apropia de ellos y termina haciendo una suerte de simbiosis, los artefactos pasan a ser parte de nosotros mismos, transformándonos en un verdadero *cyborg*.

Los objetos no hablan, como metaforiza Freud, pero si se comunican con los seres humanos; nosotros los transformamos: en texto (Tilley 1991), en signos (Hodder 1991), en un espejo de nosotros mismos (Miller 2010), en pensamiento mecánico (Knappett 2005), en materia activa (Ingold 2007) y en memoria (Olivier 2011) en fin, necesitamos

socializarnos con ellos, y nosotros, los arqueólogos, no somos una excepción, también lo hacemos (probablemente más que los otros científicos), también humanizamos nuestro entorno. En ese sentido, creo que las palabras de Christopher Tilley son claramente relevantes:

«Objects are generative of thought and action: both constituted and constituting. Our social identities are simultaneously embodied in our persons and objectified in our things through a dialectic of externalization and internalization in which persons actively appropriate things and create meaning. We experience objects and places socially in the same manner that we experience people. It follows that the meanings people give to things are part and parcel of the same meanings that they give to their lives» (Tilley 2004: 218).

Nuestra experiencia de convivencia con humanos es transportada para nuestro relacionamiento con los materiales, nuestra memoria, nuestros hábitos, tanto con personas como con objetos son recordados de forma similar. La relación histórica entre seres humanos y objetos – el eterno *cyborg* – que refiere Olsen y que de algún modo puede reflejar una cierta simetría (en nuestra opinión simbiosis), sólo hace sentido si tenemos en cuenta la tendencia a humanizar a los objetos que intentamos caracterizar en este apartado. Como nos dice Todorov, las huellas son materiales, pero su sentido es humanizado, resulta de una construcción inconsciente o consciente (Todorov 2013: 21) de una historia o memoria (las dos son construcciones humanas) de un pasado representado en un objeto o ruina.

4. UN CAMINO A RECORRER

En ciertos momentos las cosas nos parecen cíclicas, las nuevas teorías siempre pretenden ser un corte con el pasado, sin embargo, muchas veces, acaban por aproximarse a otros pasados. La tendencia actual de la arqueología en relación a la cultura material parece ser eso: regresar a su pasado protohistórico de estudio de los materiales silenciosos, reintegrádoles la componente simbólica o de acción de la mente humana (tan de moda a partir de los años 70), si bien que, por un lado, la perspectiva simétrica demuestra aspectos muy atractivos, como poner el ser humano en un plan similar a los objetos: ambos, objeto y sujetos son activos – una tendencia que en sí ya es distinta de las propuestas materialistas de finales del siglo XIX comienzos de XX – por otro, parece ser un poco cerrada en relación a otro tipo de interpretaciones. La materialidad importa, estaba en falta que los arqueólogos la tomaran también en cuenta, no obstante, encerrar la arqueología en la materia y terminar con la componente social me parece un riesgo; es cierto que se ha abusado en encontrar soluciones a partir de la última en desprecio de la primera, no obstante, al crearse un corte con la componente social (Olsen 2003:100) acabaríamos por generar una asimetría, en vez de una simetría.

No ha sido casualidad que este texto comience citando a Baudrillard, y en particular con esa frase en concreto. Por más que relacionemos la arqueología con lo práctico, con la materia silenciosa, su componente humana siempre está presente. Si hacemos el ejercicio de regresar a los clásicos, a la arqueología

de los tipólogos, vemos que también ellos hacían sus metáforas interpretativas (Trigger 2006: 217-224).

La tendencia actual de estudio de la cultura material, “volcada” hacia los objetos, aparentemente beneficia la arqueología y puede generar un mayor interés hacia ella. No obstante, nuestra disciplina mantiene aún ciertos prejuicios, no sólo dentro de sí misma y de sus pares (existe aún una cierta animosidad de la mayoría de los arqueólogos, fuera del ámbito anglosajón en aceptar la teoría, como parte integrante de la ciencia arqueológica), sino que también en la forma en cómo somos aun mirados por las otras ciencias (caricaturización generalizada del rol del arqueólogo con el de *Indiana Jones*), que no justifica – en el momento actual de aproximamiento e interés de los otros científicos en la arqueología – el uso de una postura radical en relación a otras disciplinas. La arqueología simétrica, y las propuestas de Olsen, en lo particular, son fruto de ese conflicto: de la afirmación y desarrollo de los propios arqueólogos (cada vez más preparados teóricamente y capaces de intervenir en un mayor escala temporal) con la falta de comprensión (aún presente) por parte de los restantes científicos. No obstante, la “defensa de la cosas” y de la arqueología que hace Olsen, también puede avivar aún más ese conflicto, si por un lado nos da excelentes ejemplos de que la arqueología tiene herramientas para convivir y participar en el debate teórico de las ciencias sociales sobre sujeto y objeto, por ser una disciplina que está basada en el estudio de esa relación desde los principios de dicha relación hasta nuestros días, y que también “funciona” a través de

la convivencia entre la experiencia del arqueólogo con la experiencia del objeto (Olsen 2003, 2010, 2007, 2012a y Olsen *et al* 2012), por otro “materializa” en demasía los artefactos casi relegando para un segundo plano la componente humana.

Cuando leemos el texto de Olsen y colaboradores *Archaeology the Discipline of Things* (2012) – el principal “manifiesto” de la arqueología simétrica – encontramos una cierta antipatía en relación a la antropología y particularmente a la historia que, en mi opinión, puede ser peligrosa (en un contexto actual de aprecio por la multidisciplina). Este (re)acercamiento a la materialidad es sin duda útil para los arqueólogos, con todo, también puede ser peligroso y no se debe transformar en una obsesión que conlleve a un alejamiento de la historia. Relegar la historia de los objetos para los arqueólogos y la historia de los seres humanos para los historiadores, puede llevar a que con el tiempo las eras pre-escritura sean condenadas a quedar sin historia (Thomas 2012: 87). Sabemos también que muchas sociedades no occidentales no utilizan la labor de historiadores para comprender su pasado, por lo que esa visión nos parece muy centrada en paradigmas occidentales.

A mi modo de ver, la perspectiva simétrica, más que fortalecer desde un punto de vista teórico y conceptual a la arqueología, la refuerza como ciencia. De algún modo el análisis simétrico que nos propone Latour (2000) ya estaba presente con anterioridad en la arqueología, pues ya hace tiempo

que ésta funciona en red: necesita un trabajo colectivo y un conocimiento interdisciplinar y que, en su forma de actuar y crear conocimiento, presenta una relación simétrica entre seres humanos y objetos. Ello se hace evidente no sólo con los objetos del pasado que los arqueólogos encuentran, sino también con los objetos que utilizan en el presente (paletines, palas, baldes, chuzos, teodolitos, reglas, fotografías, grapas, hilos, etc.), para realizar su labor (Olsen et al 2012: 64), en una especie de *Actor Network Theory*.

La esencia de la arqueología está en su interdisciplinariedad y en la forma en cómo la aplica para comprender los seres humanos y su relación con el entorno y con las materialidades. Su rol como disciplina intermedia entre las ciencias sociales y las ciencias naturales (Kosso 1991: 621), representa probablemente su mayor fuerza y su gran logro en el estudio de la cultura material. La materia-prima de la arqueología son los vestigios materiales del pasado (remoto y presente), pero su finalidad no se debe circunscribir a un análisis separado de la temporalidad de los artefactos y a las ruinas, simplemente porque esa temporalidad no puede ser disociada de su relación con los seres humanos. La inspiración latouriana de Olsen ha abierto senderos, esperando que la discusión y debate en arqueología ambientado en esta perspectiva de *thing turn*, pueda llevar a que nuestra disciplina no camine para una “materialización” y se asuma como un “puente” entre los dos lados de la relación entre objetos y los seres humanos: la tangibilidad del artefacto y la intangibilidad de su uso y memoria.

BIBLIOGRAFÍA

ALCOCK, S & VAN DYKE, S. Eds. (2003) *The Archaeology of Memory*. Oxford: Blackwell.

BAUDRILLARD, J. (2005) *The system of objects*. 2nd ed. Trad. James Benedict. London & New York: Verso.

BERGSON, H. (2003)[1896] *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit*, versión electrónica producida por Gemma Paquet, colección « Les classiques des sciences sociales »[En línea] 2014 »[consultado 4 de mayo de 2014] – disponible en :http://classiques.uqac.ca/classiques/bergson_henri/matiere_et_memoire/matiere_et_memoire.pdf

BINFORD, L. (1962) “Archaeology as Anthropology”. *American Antiquity* 28 (2) pp 217–225.

BORIC, D. Ed. (2010). *Achaeology and Memory*. London: Blackwell.

BOWDLER, S. (1996) Freud and archaeology. *Anthropological Forum* 7, pp. 419-438.

BRAUDEL, F. [1949] (1987) *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

BUCHLI, V. Ed. (2002) *The Material Culture Reader*. Oxford: Berg.

BURKE, J. (2007) *The Shrine of the Dream Collector*. In Sigmund Freud Collection. An Archaeology of Mind. Catalogue of the Exposition Monash University Museum of Art. pp. 4-7. Melbourne: Monash University Museum of Art.

COLIN, C. (2013) *Patrimoine du Présent : Fondements et Limites Les équipements producteurs d'électricité dans les vallées de la Loire et du Rhône*. Université Paris-Est [Tesis de doctorado]

CHILDE, G. (1929) *The Danube in Prehistory*, Oxford, Oxford University Press.

DAVID, N.; STERNER, J. y GAVUA, K. (1988) “Why Pots are Decorated?” *Current Anthropology* Vol. 29, n. ° 3, pp. 365-389.

DE CARVALHO-AMARO, G. y GARCÍA-ROSSELLÓ, J. (2012) “Cadena operativa y tecnología. Una visión etnoarqueológica de las alfareras mapuches de Lumaco”. *Boletín de la SCHL*, 41/42, pp. 53-78.

FOUCAULT, M. (1972) *The Archaeology of Thought*. London: Tavistock.

GAMBLE, C. (2001) *Archaeology the basics*. London and New York: Routledge.

GEERTZ, C. (1973) *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.

GELL, A. (1996) “Vogel’s Net: Traps as Artworks and Artworks as Traps.” *Journal of Material Culture*, 1, pp.15-38.

GHEORGHIU, D. y CYPHERS, A. Eds. (2010) *Anthropomorphic and zoomorphic miniature figures in Eurasia, Africa and Meso-America*. Morphology, materiality, technology, function and context. BAR International Series 2138. Oxford: Archeopress.

GOMÉZ, J. (1997) *An Introduction to Object Relations Theory*. London: Free Association Press

GONZÁLEZ-RUIBAL, A (2003) *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal.

GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2005) “Etnoarqueología de la cerámica en el Oeste de Etiopía”. *Trabajos de Prehistoria* Vol. 2, n.º 62, pp. 41-66.

GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (2007) “Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática”. *Complutum* 18, pp. 283-319.

GOSDEN, C. (2005) “What do Objects Want?” *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 12, No. 3, pp. 193-211.

GUTHRIE, S. (1993) *Faces in the Clouds. A New Theory of Religion*. New York & Oxford: Oxford University Press.

HAKE, S. (1993) “Saxa Ioquuntur. Freud’s Archaeology of the Text”. *Boundary 2*, 20 (1), pp. 146-173.

HALBWACH, M. [1950] (2001) *La mémoire collective*, version électronique produite par Laurraine Audy et Jean-Marie Tremblay, collection « Les classiques des sciences sociales » [En línea] 2014 [consultado 4 de mayo de 2014] – disponible en : http://classiques.uqac.ca/classiques/Halbwachs_maurice/memoire_collective/memoire_collective.pdf

HIDES, S. (1996) “The genealogy of material culture and cultural identity”, En Paul Graves, Eric Jones and Clive Gamble, (eds.) *Cultural Identity and Archaeology. The construction of European communities*. London and New York: Routledge. pp.25-47

HODDER, I. (1982) *Symbols in action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge: Cambridge University Press.

HODDER, I. [1986](1991) *Reading the past. Current approaches to interpretation in archaeology*, 2nd edition. Cambridge: Cambridge University Press.

HODDER, I. (2012) *Entangled. An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*. Chichester: Wiley-Blackwell

- INGOLD, T. (2007) "Materials against materiality". *Archaeological Dialogues* 14 (1), pp. 1-16.
- KOSSO, P. (1991) "Method in Archaeology: Middle-Range Theory As Hermeneutics". *American Antiquity*. 56 (4), pp. 621
- KNAPPETT, C. (2005) *Thinking Through Material Culture. An Interdisciplinary Perspective*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- LAHELMA, A. (2008) *A Touch of Red Archaeological and Ethnographic Approaches to Interpreting Finnish Rock Paintings*. Helsinki: Finnish Antiquarian Society.
- LATOUR, B. (1993) *We have never been modern*, trad. Catherine Porter. Cambridge, Mass, Harvard University Press.
- LATOUR, B. (1999) *Pandora's Hope. An Essay on the Reality of Science Studies*. Cambridge: Harvard University Press.
- LATOUR, B. (2000) The Berlin Key or How to do Words whit Things. In P. Graves-Brown, ed. *Matter, Materiality and modern Culture*. London: Routledge: 10-21.
- LATOUR, B. (2002) "What is Iconoclash? Or is There a World Beyond the Image Wars?" In B. Latour & P. Weisbel eds. *Iconoclash*, Cambridge: MIT Press pp. 14-37.
- LATOUR, B. y WEIBEL, P. eds. (2005) *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*. Cambridge: MIT Press.
- LE GOFF, J. (1988) *Histoire et mémoire*. Paris : Gallimard.
- LEMONNIER, P. (1992) *Elements for an Anthropology of Technology*. Michigan: University of Michigan Press
- LEVI-STRAUSS, C. (1973) *Anthropologie structural*. Paris: Plon.
- LUCAS, G. (2004) "Modern Disturbances: On the Ambiguities of Archaeology". *Modernism/modernity*, vol 11, n° , pp. 109-120.
- OLIVIER, L. [2008](2011) *The Dark Abyss of Time: Archaeology and Memory*. Trad. Arthur Greenspan, Walnut Creek: Altamira Press.
- OLSEN, B. (2003) "Material Culture after Text: Re-Membering Things". *Norwegian Archaeological Review*, 36, n. 2, pp. 87-104.
- OLSEN, B. (2007) "Keeping things at arm's length. A genealogy of asymmetry". *World archaeology* 39 (4), pp. 579-588.

OLSEN, B. (2010) *In Defense of Things: Archaeology and the Ontology of Objects*. Lanham: Altamira Press.

OLSEN, B. (2012) “O regresso das coisas e a selvajaria do objecto arqueológico”. In Godofredo Pereira (Ed.) *Objectos Selvagens*. Lisboa: Imprensa Nacional da Casa da Moeda. pp. 71-83.

OLSEN, B. (2012a) “After interpretation: Remembering archaeology”. *Current Swedish Archaeology* 20, pp. 11-34

OLSEN, B.; SHANKS, M.; WEBMOOR, T.; WITMORE, C. (2012) *Archaeology: The discipline of Things*. Berkeley: University of California Press.

MILLER, D. (1987) *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford, Blackwell.

MILLER, D. ed. (2005) *Materiality*. Durham and London: Duke University Press.

MILLER, D. (2010) *Stuff*. Cambridge: Polity Press.

MILLER, D. y TILLEY, C. (1996) Editorial. *Journal of Material Culture*. Vol. 1, Nº. 1 pp. 5-14.

NORA, P. (1989) “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. *Representations*, 26, pp.7-24.

RATHJE, W. (1974) “The Garbaje Project: a new way of looking at the problems of archaeology”. *Archaeology* 27, pp. 236-241.

RENFREW, C y BAHN, P. (2008) *Archaeology, Theories, Methods and Practice*. 5th ed. London: Thames & Hudson.

RICE, P. (2005) *Pottery Analysis: a sourcebook*, 2nd ed. Chicago: Chicago University Press.

RICOUER, P. (2004). *La memoria, la historia, y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.

SHANKS, M. (1992) *Experiencing the Past*. London: Routledge.

SHANKS, M. y TILLEY, C. (1987) *Re-constructing archaeology: theory and practice*. Cambridge: Cambridge University Press.

SHANKS, M. y TILLEY, C. (1987a) *Social Theory and Archaeology* Blackwell and Polity Press.

THOMAS, J. (1996) *Time culture and identity: an interpretative archaeology*. London and New

York: Routledge.

THOMAS, J. (2004) *Archaeology and Modernity*. London and New York: Routledge.

THOMAS, J. (2012) “A British Perspective On Bjørnar Olsen’s “After Interpretation”” *Current Swedish Archaeology*, vol. 20, pp. 87.

TILLEY, C. (1990) *Reading material culture: structuralisms, hermeneutics and post-structuralism* Oxford: Blackwell.

TILLEY, C. (1991) *Material culture and text. The art of ambiguity*, London and New York: Routledge.

TILLEY, C. (1994) *A Phenomenology of the Landscape: places, paths and monument.*, Oxford: Berg.

TILLEY, C. (1999) *Metaphor and material culture*. Oxford: Blackwell.

TILLEY, C. (2002) “The Mataphorical Transformations of Wala Canoes”. In V. Buchli, Ed. *The Material Culture Reader*. Oxford: Berg.

TILLEY, C. (2004) *The Materiality of Stone. Explorations on Landscape Phenomenology*. Oxford & New York: Berg.

TODOROV, T. (2013) *Los Usos de la Memoria*. Colección Signos de la Memoria. Santiago de Chile: Museo de la Memoria.

TRIGGER, B. (2006). *A History of Archaeological Thought*. 2nd edition. Cambridge: Cambridge University Press.

WEBMOOR, T. (2007) “What ‘about one more turn after the social’ in archeological reasoning? Taking things seriously”. *World Archaeology* 39(4), pp. 563-578.

WEBMOOR, T. (2009) “Arqueología neo-procesual: alive and kicking... ¿cómo? Campos teóricos, motives de actuación y amnesia académica”. *Complutum* 20 (1), pp. 175-196.

WEBMOOR, T. y WITMORE, C. (2007). “Things Are Us! A Commentary on Human/ things Relations under the Banner of a ‘Social’ Archaeology”. *Norwegian Archaeological Review* 41 (1), pp. 53-70

WITMORE, C. (2007) “Symmetrical archaeology: excerpts of a manifesto”. *World Archaeology* 39(4), pp. 546-562.

WINNICOTT, D. (1958) *D. W. Winnicott Collected Papers: Through Paediatrics to Psycho-Analysis*. London: Tavistock